

SERMON

QUE

CON MOTIVO DE LA CELEBRACION

DE LA

PRIMERA SOLEMNE MISA

DEL NUEVO SACERDOTE

D. Francisco del Junco y Garcia,

PREDICÓ

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE S. LORENZO DE CÁDIZ, LA NOCHE DE NAVIDAD
DE 1880,

EL PRESBITERO

D. Francisco Gonzalez Veiga y Pisorno,

LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO,
ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION, SÓCIO CORRESPONSAL
DE LA ECONÓMICA GADITANA DE AMIGOS DEL PAÍS,
ACADÉMICO DE VARIAS CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DEL REINO
Y CAPELLÁN DE LA CASA
DE EXPÓSITOS DE JEREZ DE LA FRONTERA.

JEREZ.

IMP. DEL «GUADALETE,» Á CARGO DE D. TOMÁS BUENO

CALLE DEL COMPÁS, NÚMERO 2.

1881.



SERMON

QUE

CON MOTIVO DE LA CELEBRACION

DE LA

PRIMERA SOLEMNE MISA

DEL NUEVO SACERDOTE

D. Francisco del Junco y Garcia,

PREDICÓ

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE S. LORENZO DE CÁDIZ, LA NOCHE DE NAVIDAD
DE 1880,

EL PRESBITERO

D. Francisco Gonzalez Veiga y Pisorno,

LICENCIADO EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO,
ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION, SÓCIO CORRESPONSAL
DE LA ECONÓMICA GADITANA DE AMIGOS DEL PAÍS,
ACADÉMICO DE VARIAS CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DEL REINO
Y CAPELLAN DE LA CASA
DE EXPOSITOS DE JEREZ DE LA FRONTERA.



JEREZ.

IMP. DEL «GUADALETE,» Á CARGO DE D. TOMÁS BUENO
CALLE DEL COMPÁS, NÚMERO 2.

1881.

DEDICATORIA

AL

Sr. Edo. D. José Zurita y Rubio,

ABOGADO DE LOS TRIBUNALES DE LA NACION Y DEL ILUSTRE COLEGIO DE CÁDIZ.

Siete años se cumplen hoy desde que, en solemnidad igual á la presente, un fraternal abrazo consolidó para siempre nuestra antigua y nunca interrumpida amistad.

Yo subía por vez primera las augustas gradas del Altar, y tú, querido amigo, me apadrinabas en aquel solemne acto.

Justo es que, cuando he tenido ocasion de hablar desde la sagrada cátedra con motivo de la primera Misa de un nuevo sacerdote, te dedique en señal de gratitud el producto de mi pobre inteligencia.

Recíbelo, no por lo que en sí vale, sino como un público testimonio del sincero cariño que te profesa tu siempre leal amigo,


Francisco G. Veiga.

CÁDIZ : Diciembre 25 de 1880.

GLORIA IN ALTISSIMIS DEO, ET IN TERRA
PAX HOMINIBUS BONÆ VOLUNTATIS.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la
tierra á los hombres de buena voluntad.

(LUC. CAP. 2, V. 14.)

 REAL SACERDOCIO :

Dos solemnidades, dos grandes acontecimientos religiosos que perfecta y admirablemente se relacionan, nos reunen en estos instantes bajo las augustas bóvedas del templo del Señor. Amorosa y solícita, cual tierna madre, la Iglesia católica, esta noche recuerda á sus hijos la sublime noche en que naciendo el Redentor del mundo, cúmplense con exactitud las antiguas y solemnes profecías, las risueñas esperanzas de las gentes y los vehementísimos deseos de los ilustres patriarcas de Israel; y esa misma religion divina, que sin cesar vela por la paz y el bien de las sociedades, se complace en presentar al pueblo fiel un nuevo sacerdote, un nuevo ministro del Evangelio, que se dispone á ofrecer por vez primera al Eterno Padre la Hostia pura, santa, inmaculada, que asunto habia sido de los poéticos cantares del inspirado profeta.

Señores : desgraciadamente nos hallamos en un siglo, vivimos en una época que se alza en guerra contra Dios, como el ángel rebelde en el cielo; en una sociedad que, proclamando la absoluta independencia de la razón humana, no quiere aceptar las verdades del orden sobrenatural, que constituyen, por más que lo contrario se diga, los elementos de la verdadera civilización y del progreso verdadero; por esto á cada paso encontramos inteligencias orgullosas y corazones duros para quienes nada valen ni significan estas públicas festividades de la religión, este entusiasmo del pueblo fiel en presencia de Jesús y del sacerdote que en la tierra lo representa. ¡Desgraciados! ¡No quieren la luz que generosamente se les envía de lo alto, y jamás pueden salir de la triste noche de sus dudas é incertidumbres; aspiran á establecer por sí solos los fundamentos de la moral, y no pueden hacer otra cosa que dilatar más y más las heridas sociales! Pero para el hombre que sin preocupaciones de escuela y sin interés de partido piense bien acerca de los principios fundamentales del orden moral, esto que vemos, esto que admiramos esta noche de dulces recuerdos, tiene alta importancia religiosa y social.

Un nuevo sacerdote, ungido con el óleo de los fuertes, aparece por vez primera ante el pueblo, y aparece precisamente cuando conmemoramos el grandioso momento en que allá en la ciudad de David nace el Libertador prometido al mundo; un nuevo sacerdote sube por vez primera las augustas gradas del Santuario para interponerse como mediador entre Dios y el hombre, entre la criatura y su Criador; un nuevo sacerdote desde esta memorable noche y después de haber alimentado su alma con el pan de los ángeles, que tan brillantes conceptos inspira al levantado genio de Santo Tomás de Aquino,

se prepara á tomar parte en la lucha contra el error, á emprender las más grandes acciones, á exponerse á todos los peligros, á sufrir todos los dolores de la vida para ser útil á sus hermanos. ¡Oh! esto para un corazón cristiano vale y significa mucho : recordando la humildísima cuna del Divino Salvador y viendo cumplidas todas las antiguas promesas en la persona de ese nuevo ministro de la religión, del fondo de nuestra alma deberá salir el mismo eco entusiasta con que los ángeles del cielo anuncian esta noche el natalicio del buen Jesús : *Gloria in altissimis Deo: et in terra pax hominibus bonæ voluntatis. Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra al hombre de buena voluntad.*

Yo, señores, ante estas consideraciones, me siento poseído del mismo entusiasmo que vosotros, y quisiera reunir todas las circunstancias necesarias para dignamente corresponder á la honra que me ha dispensado en el día de su júbilo el amigo consecuente y leal á quien desde muy antiguo estoy unido por los vínculos del más sincero cariño; confío, sin embargo, en la benevolencia que me dispensareis, teniendo en cuenta las pocas horas de que he podido disponer para preparar este discurso; y alentado por este pensamiento, veré de demostrar contra el indiferentismo religioso de nuestros días, la siguiente proposición, que directamente deduzco de las palabras del tema : *Jesucristo con su nacimiento dá gloria á Dios, y con su sacerdocio establecido, deja para siempre la paz á los hombres. Gloria in altissimis Deo: et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

Quiera el cielo que mi palabra produzca en vuestros corazones los saludables efectos de la palabra evangélica, no siendo como el grito del naufrago que se pierde y confunde con el rugido del huracán y el

imponente bramar de las agitadas olas. Para conseguir, pues, un buen resultado, pidamos los auxilios de la gracia divina, por mediacion de Aquella que dispensadora es de las mercedes del Altísimo, y á quien saludaremos como el Ángel : AVE MARIA.

Llegó la plenitud de los tiempos anunciada en los profetas. Este momento histórico debia tener grande importancia para el mundo, porque en todos los siglos venia hablándose de sublimes acontecimientos futuros, y las generaciones tenian en él puestas sus miradas, como el marino en la estrella polar, ó como el náufrago en la lejana playa. ¿Qué debia acaecer en la tierra en este instante solemne, por todos anhelado? ¡Ah! cumplirse exactamente lo que Jehová dice al hombre poco despues de la funesta prevaricacion.

Una mujer, pura como la gota de rocío que cae sobre las flores, y bella como los astros que adornan el firmamento; una mujer escojida desde la eternidad y adornada de gracias y de dones nunca dispensados á criatura alguna sobre la tierra, concebirá y dará á luz un hijo que será la esperanza de los pueblos y el consuelo de los corazones lastimados; y este hijo, con sus propias manos, rehará lo que destruyó la primitiva culpa, fundando sobre las ruinas del orgullo y de la tiranía el sólio majestuoso de la libertad y de la clemencia; y este hijo, que es Dios, llamará á sí á todos los pueblos dispersos, uniéndolos por los santos lazos de la caridad, para que en adelante no haya distincion entre judíos y gentiles, nobles y plebeyos, señores y esclavos, sá-

bios é ignorantes, ricos y pobres, sino para que todos por el amor sean unos, como hijos de un mismo padre, rios de un mismo origen ó flores de un mismo tallo. Esto esperaban las naciones; esto habia de acontecer cuando llegase la plenitud de los tiempos : ¿no habian de desear vehementemente los pueblos la aparicion de tan generoso libertador? Sí, señores : como el enfermo en el lecho del dolor confia en el acierto de su médico, como el procesado desde su prision el bien espera de la prudencia de su abogado, así los antiguos pueblos tan sólo del Mesías esperaban la paz y la libertad que no supieron darle ni los filósofos de Grecia ni los legisladores de Roma, cuya ciencia y amor patrio quedaban en definitiva tristemente condensados en esta cruel palabra : *egoísmo*.

Pues llegó el momento ansiado : en el silencio de una noche fria, pero tranquila, del invierno, en la soledad de un campo, cuando el hombre se entrega al descanso de sus penosos trabajos, un Padre, un Salvador, un Dios, nace de la siempre Virgen María en Belen de Judá, la ciudad sacerdotal segun habia escrito un antiguo profeta; ¡qué misterios, señores, tienen lugar la sublime noche que conmemoramos! ¡qué elocuentes lecciones ofrece la solitaria gruta de Belen al hombre que en los delirios de su insensata ambicion quisiera estrechar entre sus manos al mundo! ¡qué ejemplo dá á la soberbia humana ese Niño-Dios recién nacido! Él, que es el sér omnipotente, eterno, infinito, de quien todas las cosas proceden; Él, á cuya palabra soberana surge un dia de la nada un mundo lleno de grandeza, de misterios que muchas veces explicar no puede la humana inteligencia á pesar de sus desesperados esfuerzos por comprenderlos; Él, que formó al hombre á su imágen y semejanza dándole

un alma que lo distingue y lo eleva sobre todas las creaciones del infinito poder; Él, ante cuya majestad excelsa los cielos tiemblan, la tierra se humilla y los abismos se confunden; Él, cuya bondad y providencia publican sin cesar el ave en la enramada con dulces acentos y armoniosos trinos, la flor en los valles con sus delicados matices y suaves perfumes, los mares con su inmensidad sublime y los campos con su prodigiosa vegetación; Él, Jesús, el Verbo divino humanado á cuya doctrina deberán acojerse las naciones que deseen ser salvas, ha querido nacer, para enseñar al mundo, nó como los príncipes y grandes de la tierra entre fausto, pompa y esplendor, sino como los hijos de los pobres obreros, privado hasta de las cosas indispensables á la vida y sometido á los dolores y amarguras de los demás hombres : ¡qué misterios, señores, qué misterios!

Pues este nacimiento que tiene lugar en un rincón apartado del mundo, dá gloria á Dios, demuestra las grandezas del Altísimo. Si la soberbia humana no viene á hacer pleitería al Rey de reyes y Señor de los que dominan, á aquel modesto albergue acudirán presurosas atraídas por la voz del cielo la humildad y la mansedumbre representadas por unos sencillos pastores que desde luego reconocen y admiran la hermosa luz divina que irradia en la frente del tierno niño; si la tierra no hace los honores que corresponden á la majestad del que ha nacido, el cielo se encargará de ello disponiendo que coros angélicos con divinos acentos publiquen el gran misterio clamando por los espacios : *Gloria in altissimis Deo*; si finalmente Israel obstinada no quiere reconocer en el Niño el divino Mesías prometido, una misteriosa estrella brillará en los lejanos países del Oriente para traer junto á la cuna de

Jesús á los grandes potentados que en señal de reconocimiento y vasallaje le ofrecerán oro, incienso y mirra. Gloria, sí, gloria al Dios de las alturas dá el natalicio de su divino Hijo; y no solo por esto, sino que también porque significa el cumplimiento de las antiguas promesas.

Cuarenta siglos se habian deslizado, es cierto, desde aquel luctuoso día en que la humanidad quedó enemistada con su Dios : cuarenta siglos de noche, de inmensos dolores, de grandes trastornos, tinieblas y tinieblas espantosas en la ciencia; errores trascendentales en las instituciones de la sociedad; despotismo y cruel tiranía en los príncipes y gobernantes; honda perturbación en la familia; desprecio é insulto á la miseria; esclavitud triunfante; así, así caminaba la humanidad, de dolor en dolor, de ruina en ruina desde que se separó voluntariamente de su Dios; pero ¡ay! al cabo el Dios de las misericordias se acuerda de la paz que ha prometido al linaje de Jacob. Viene Jesús, y al aparecer en los horizontes de la historia como astro de bendición, tenía que renovar la faz del mundo, y redimirlo de la culpa, y disipar sus tinieblas, y romper sus cadenas, y reconciliarlo para siempre con Dios. Después que en Judá brilla el nuevo día, ya la inteligencia apoyada en la fé descubre nuevos y más dilatados espacios; ya los legisladores al escribir sus códigos consultan el Evangelio; ya el príncipe no puede ser déspota, sino padre que gobierna á una familia compuesta de muchos individuos; ya la mujer queda convertida de *cosa* en ángel misterioso del hogar; ya la familia se levanta del envilecimiento en que la habia sumido el antiguo paganismo, y los esclavos, los pobres, los seres desheredados, los que lloran y sufren los martirios de la vida, todas las llagas y miserias humanas, encuentran su con-

suelo y su lenitivo. *¡Gloria in altissimis Deo!* Gloria al Dios omnipotente de las alturas; porque con el nacimiento de su hijo amantísimo ha dado cumplimiento á sus repetidas formales promesas, ha ofrecido generosamente al mundo la víctima que no tenia, ha abierto, en fin, á las sociedades los anchos caminos de una civilizacion más racional y más perfecta.

Pudiera, señores, entrar ahora en otro género de consideraciones, con objeto de demostrar más el primer extremo de mi proposicion, si considerase el nacimiento de Jesus como aparicion de la hostia sin mancha que se ofrece en sacrificio por los pecados del mundo; pero ¿he de hablar esta noche del horroroso drama que treinta y tres años despues tiene lugar en las lúgubres vertientes del Calvario? No; sea suficiente indicaros para que desde luego comprendais cuán grande es la gloria de Dios en el nacimiento de su santísimo Hijo, que deseando el Eterno concluir de una vez la enemistad entablada con aquel que sus manos divinas habian formado, decreta que la segunda persona de la Trinidad beatísima tome sobre sí los pecados del mundo y pague por lo que todos mereciamos y para siempre reconciliar los cielos con la tierra. El Calvario donde todo es mortificacion, todo dolor y espanto; donde como en altar consagrado, se inmola una víctima de dignidad y valor infinitos; el Calvario donde todavía, despues de diez y nueve siglos, resuena un eco lastimero que infunde pavor al alma del cristiano que lo visita, es el complemento de las misericordias del Omnipotente. Jesus nace para víctima, víctima de propiciacion por los pecados; pues su vida desde que alborea hasta que se apaga, desde el pesebre hasta la Cruz, será vida de dolor, de abnegacion, de grandes y prolongados sacrifi-

cios. *¡Gloria in altissimis Deo!* Sí, bajo este concepto estudiada la misteriosa escena de Belen, resulta igualmente la gloria del Dios tres veces santo.

Pues agradezcamos, señores, el inmenso beneficio que del cielo hemos recibido. ¡Ay! No seamos como los modernos indiferentistas, que no quieren consultar la historia por no verse precisados á detener sus pasos ante la gruta de Belen y reconocer y adorar al Hijo de Dios; seamos humildes como los pastores y obedientes como los Magos, reconociendo y venerando en el tierno Niño al Redentor y al Padre de las sociedades, y proclamando ante su cuna la gloria de Dios, segun esta noche cantan los ángeles celestiales : *Gloria in altissimis Deo.*

Pero decia al comenzar, que Jesus viene, no sólo para dar gloria á su Eterno Padre, sino que tambien para dejar, por medio del sacerdocio que instituye, sólidamente la paz y la felicidad entre los hombres. *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

Tal será el asunto de la segunda parte.

Paz, orden, civilizacion : hé aquí unas palabras que viene repitiendo el mundo apenas surge de la nada á la voz omnipotente del Supremo Hacedor: hé aquí las constantes aspiraciones de la humanidad aún muchos siglos antes de la venida del divino Jesus.

La historia, señores, es un gran libro : un libro que refiere acontecimientos pasados para enseñanza de las generaciones venideras. ¿Qué dice la historia respecto á este punto interesantísimo? Dice que la

genuina civilizacion de las sociedades conseguirse no pudo sin la radiante luz del Evangelio; dice que sin las celestiales máximas del humildísimo Nazareno jamás pudieron conseguir los pueblos el bien social anhelado.

Vosotros, los que haceis vanos alardes de incredulidad, los que os preciais de indiferentistas en materias de religion, deteneos un momento en el camino de vuestras negaciones; sed por un momento imparciales, y estudiando la filosofía de la historia, decidme : si Jesucristo no hubiera venido á la tierra; si no hubiera predicado su alta doctrina; si no hubiera dejado una sociedad ó institucion que la conservase en toda su pureza á través de los siglos, ¿estarian las sociedades, bajo el punto de vista del orden moral, á la altura en que hoy las admiramos? Nó : seguramente nó. Sócrates, Platon y Aristóteles entre los griegos, Ciceron entre los romanos, parecen en la antigüedad génios inspirados por el verdadero Dios para establecer algunos principios de la pura civilizacion : fundan, es verdad, una filosofía eminentemente superior á la que habian enseñado otros sábios de funesta memoria para las ciencias morales y políticas; pero ¿qué importa esto? ¿hay civilizacion en el propio significado de la palabra? Nó : porque estos filósofos que brillan en la ciencia como la luz vivísima, pero fugaz, del relámpago, sostienen y defienden al mismo tiempo graves y trascendentales errores, ya respecto al individuo, ya respecto á la familia, ya respecto á la constitucion de la sociedad : lo que con su palabra y sus escritos condenan, eso mismo practican en su vida pública y privada. Era que á esas inteligencias superiores faltaba algo que el estudio y la meditacion no podian darle; era que á esos grandes talentos faltaba la luz de la suprema verdad, la luz

divina de la revelacion que dirige en su camino á todo hombre que viene al mundo.

Digan cuanto quieran los adversarios de la idea católica; pero es lo cierto que el filósofo de recto criterio, cualquiera que sea la escuela á que pertenezca, al fijar su vista en las elocuentísimas páginas de la historia, tendrá que convenir en que hasta la aparicion del astro divino del Evangelio, haber no pudo en las sociedades la paz y la civilizacion deseadas. ¡Oh! si despues de contemplar el horrible cuadro de la historia antigua recorriésemos la historia del cristianismo desde el nacimiento de Jesus hasta nuestros dias; si penetrásemos en la vida íntima y en las costumbres de los pueblos y de las familias; si estudiásemos los motivos y la razon científica de los códigos civiles; si averiguásemos el origen de las más célebres universidades literarias de la Europa; si removiésemos los cimientos de esas colosales obras que para gloria de Dios y del arte levanta el génio humano; si preguntásemos á los sábios, á los artistas, á los poetas, dónde bebieron su inspiracion sublime ó dónde han concebido esas grandiosas creaciones que sus nombres han inmortalizado, siempre, señores, siempre nos encontraríamos con la mágica influencia del cristianismo produciendo en el mundo el bien, la paz y la civilizacion de que por tanto tiempo estuvo privada la pobre humanidad.

Si; el hombre deseaba la paz y el bien, y estos objetos de las aspiraciones de su alma no pudieron venir de otra parte que del cielo. *La paz os doy; la paz os dejo* : decia á cada paso Jesucristo á los pueblos que evangelizaba, y lo decia puesto su divino pensamiento en el Sacerdocio que instituye.

¡El Sacerdocio! Ved aquí la institucion que mejor que todas las instituciones humanas dá la paz al

mundo, por más que el mundo, en su loco orgullo, no quiera reconocerlo; ved aquí el cuerpo moral que sin cesar vela por la pureza de la religion, que es una imperiosa necesidad social; ved aquí el consuelo de los tristes y la dulce esperanza de los que atraviesan el camino sembrado de espinas de la vida.

Porque ¿qué es un sacerdote? Es un hombre que ha recibido de lo alto esta noble misión: *Id por las naciones; enseñad á las gentes*; un hombre que voluntariamente ha renunciado en la primavera de su vida los halagos del mundo y las risueñas esperanzas de un porvenir tal vez lisonjero para consagrarse al servicio de sus hermanos; es un hombre que puesto todos los días ante el altar de los sacrificios, pide ferviente á Dios por los vivos y los muertos, por los justos y pecadores; es un hombre que sin doblegarse ante humanas consideraciones combate desde su cátedra el error, condena el vicio y recomienda la virtud; es un hombre á quien el sábio, en momentos difíciles consulta y pide consejo; á quien el rico descubre su agitado corazón; á quien el pobre cuenta sus espantosas miserias; á quien la madre y la doncella confían sus alegrías y sus dolores; es un hombre que bendice al niño; que con su presencia augusta crea la familia; que consuela y alienta al moribundo; que reza ante el cadáver de su hermano antes que sea colocado en el sepulcro; es, en fin, un hombre que por doquiera predica la caridad cristiana, que siempre dice palabras de paz, que enjuga todas las lágrimas y cura todas las llagas morales. Y este hombre casi divino, cuya presencia y benéfico influjo la familia solicita en los supremos instantes de la vida, vive en sociedad como los demás hombres, pero siempre en el templo lo mismo que en el hogar, en sus relaciones de amistad como en sus justos y naturales

recreos, siempre enseña y siempre ejerce un alto y difícil ministerio. Y este sér extraordinario, y este ángel de la familia y de la sociedad ha sido el fiel depositario de la ciencia y el sublime propagador de los santos principios de la caridad cristiana.

El mundo no lo comprende, ó si lo comprende, no quiere confesarlo. Pero ¿de dónde brota aquel raudal de purísima doctrina, ora acerca de Dios, ora acerca del origen y destinos del hombre que en los primeros siglos del cristianismo, influyendo poderosamente en la jurisprudencia y en las instituciones sociales, establece sobre sólidas bases el culto del verdadero Dios y prepara el gran día de la emancipación de los esclavos? Del Sacerdocio. ¿Quién en aquellos lejanos siglos es el primero que sin temor á los patíbulos levantados, predica contra el egoísmo la fraternidad, contra el orgullo la igualdad, contra la tiranía la libertad, y contra todos los vicios las más hermosas virtudes evangélicas? El Sacerdocio. ¿Quién pone paz entre las naciones, dirime las discordias de los pueblos, salva la civilización en aquella larga noche que se conoce en la historia con el nombre de Edad media? El Sacerdocio. ¿A dónde se refugia la ciencia espantada del pavoroso estruendo de los combates; quién conserva preciosos manuscritos, obras interesantísimas en todos los ramos del saber humano y que han servido en gran parte de primera luz para muchos y grandes descubrimientos y para grandes adelantos materiales? El Sacerdocio; y el Sacerdocio es el que levanta esos grandes asilos para la indigencia; esos hospitales para los pobres enfermos; esas casas de maternidad para recoger y salvar de una muerte cierta á los tiernos niños por sus padres abandonados.

Señores, no exajero: desde el ilustre San Pedro

hasta el venerable Leon XIII, desde el siglo primero hasta nuestros días hay escritos en la historia de la religion y de la ciencia nombres ilustres y fechas memorables que la mano inclemente del tiempo no ha podido borrar, y que de una manera fehaciente prueban que Jesus, dejando en la tierra un Sacerdocio que continúe su divino pensamiento, dá para siempre la paz á los hombres de buena voluntad. *Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.*

Pablo, el ilustre apóstol de las gentes, que con irrefutables argumentos confunde á los sábios del Areópago de Atenas y convierte á la doctrina del Crucificado al presidente de tan suprema asamblea; Orígenes, que desde edad temprana enseña á los grandes maestros de su tiempo y funda la célebre escuela de Cesárea; Tertuliano, que crea, digámoslo así, el lenguaje sublime de la teología; San Agustin, que como profundo filósofo y eminente teólogo deja á la posteridad magníficas obras de consulta; San Gerónimo, que es un prodigio de santidad y de doctrina; Santo Tomás de Aquino, á cuya obra maestra, célebre en los Concilios, en las Universidades y en las Academias, acuden como á manantial fecundo de cristalinas aguas, los filósofos, los literatos y los poetas; San Buenaventura, que es llamado con razon el hábil maestro de la teología mística; Juan Duns Escoto, á quien por su inimitable ingenio apellida la historia *doctor subtil*; Gregorio Nono, célebre siempre por sus famosas Decretales, que descubrieron nuevos horizontes á la jurisprudencia civil y canónica..... otros y otros que pudiera citar en estos instantes recorriendo la historia de los hombres célebres desde los Apóstoles hasta nuestro insigne y nunca bien elogiado Balme; génios portentosos que con sus talentos han levantado el soberbio edificio de la regeneracion social y que forman el

inmenso catálogo de notabilidades científicas, artísticas y literarias, ¿no son pruebas robustas de la alta importancia del Sacerdocio cristiano?

Y viniendo á un terreno más práctico : aquellos antiguos monjes que se reúnen para elevar al cielo sus poéticas plegarias por los pecadores y roturar al mismo tiempo y convertir en fértiles tierras campos incultos que jamás habia pisado el hombre; Francisco de Asís, que abre las puertas de los silenciosos cláustros para ofrecer con los dulces consuelos de la religion, el bálsamo y el lenitivo á las víctimas de los humanos infortunios; Domingo de Guzman, que en un rasgo de inspiracion divina funda la gloriosa orden de Predicadores, que llevarán la luz de la civilizacion á los lejanos países que están allende los mares; Juan de Mata y Félix de Valois, que conciben el grandioso proyecto llevado á cabo con admiracion y aplauso de la Europa amenazada, de instituir la heroica orden de Redentores de cautivos; Juan de Dios, que levanta por do quiera magníficos y bien servidos hospitales para el pobre enfermo, dejando su caritativo espíritu en sus hijos los hermanos Hospitalarios; Vicente de Paul, que entre otras creaciones de su cristiano génio forma ese ángel de la tierra que se conoce con el nombre de Hermana de la Caridad; Ignacio de Loyola, que en la Compañía de Jesus que instituye, deja radiantes lumbreras en todas las ciencias y valerosos misioneros en la sublime religion del Crucificado; José de Calasanz, que con sus Escuelas Pias abre á los niños el templo del saber, formando para el bien sus tiernos corazones y disponiéndolos para la práctica de las virtudes religiosas y cívicas..... estos y otros muchos más que omito en gracia de la brevedad, ¿no son elocuentísimos testimonios de que en el Sacerdocio, mejor que en otras creaciones de la hu-

mana inteligencia, se anidan los pensamientos generosos y heróicos? ¿no prueban bien que el sacerdote, respondiendo á la mision que de lo alto ha recibido, personifica la paz, el bien, la genuina civilizacion de los pueblos?

¡Oh! callad, pigmeos; sed consecuentes con los preceptos de la sana lógica, y respetad siquiera aquello que no sabéis imitar. Ya se ha hablado mucho; ya mucho se ha argüido contra el Sacerdocio católico y contra su benéfica influencia en la familia y en las sociedades; pero despues de repetirse siempre contra esta divina institucion las calumnias y diatribas de otras épocas, sus mismos adversarios conocen que mientras la religion constituya la primera necesidad social; mientras el hombre no sea competente para establecer las cosas relativas á ella; mientras haya orgullo en las inteligencias y corrupcion en los corazones; mientras el egoismo y la ambicion imperen turbando la paz del hombre y ocultándole con tupido velo la felicidad á que aspira; mientras que la vida humana esté formada por una larga série de dolores y de amargos desconsuelos; mientras en el mundo haya lágrimas que enjugar, necesidades que socorrer, pobres que asistir; mientras haya tinieblas, errores, luchas y enemistades, siempre..... siempre será necesaria la intervencion augusta del ángel de la paz; siempre será necesaria la influencia del sacerdote católico, único sér que en la tierra está dispuesto á mirar como asuntos propios las necesidades de sus semejantes; y tan alta mision ejercerá el ministro del Evangelio, porque aún resuenan en sus oidos estas sublimes palabras del divino Maestro : *Como mi Padre me ha enviado, yo os envío. Id, enseñad á las naciones. Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.*

Hora es ya, señores, de terminar el discurso condensando en un brevísimo epilogo lo que llevo dicho para la demostracion de la verdad de la tésis sentada al principio.

¡Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis! Este es el eco entusiasta con que los ángeles saludan el nacimiento del Redentor del mundo. Y gloria, en efecto, dá á Dios, Jesus al nacer, porque su humilde cuna simboliza admirablemente el poder del cielo, y la infinita clemencia del Eterno cumpliendo las promesas hechas al hombre caido; y paz en la tierra al hombre de buena voluntad, significa la misteriosa escena de Belen, porque ese tierno niño que adoran los pastores y que obsequian los Magos, viene para fundar el Sacerdocio cristiano que, perpetuando el sublime pensamiento concebido desde toda la eternidad, será luz del mundo, esperanza de las gentes y consuelo de los corazones lastimados. *¡Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis!*

Pues tal es tu noble mision sobre la tierra, querido compañero. Vivir enseñando con tu palabra y con tu ejemplo; sacrificar tu reposo, tu bien, por el reposo y bien de tus semejantes; correr una existencia de abnegacion y de sinsabores, como Jesucristo la atravesó desde el pesebre hasta la Cruz. Nada te intimiden las contrariedades que en tu camino encuentres; recuerda las palabras de nuestro buen Jesus : *En el mundo hallareis penalidades, pero confiad : yo he vencido al mundo.* ¡Dichoso mil veces tú si hasta el fin de tus dias cumples los generosos

propósitos que te animan en estos solemnes instantes!

No te detengas ya, querido amigo, no te detengas: sube las gradas del Santuario, penetra en el tabernáculo del Altísimo y ofrece ya al Eterno Padre la Hostia de propiciación por los pecados del mundo. Y cuando el Hijo de Dios descienda por vez primera á tus unguidas manos; y cuando estés entre Dios y el hombre como mediador y abogado, ten un pensamiento, consagra un recuerdo para esos seres queridos de tu corazón que ahora radiantes de felicidad te contemplan. Si; pide á Dios por la ventura de tus ancianos y respetables padres, que al verte ya revestido en el altar con insignias sacerdotales, ven satisfechos los deseos y aspiraciones de muchos años, y porque esa Hostia que vas á ofrecer sobre la augusta ara es de valor infinito; piensa también en aquellos seres que la muerte arrebató al cariño de tus padres y á tu fraternal cariño; piensa en tus hermanos que han muerto y que hoy contribuirían sin duda á aumentar el gozo y natural regocijo de tus amados padres; piensa y pide á Dios por la felicidad de tus demás hermanos queridos, de tus parientes, de tus maestros y de tus amigos.....

Eleva del mismo modo á Dios una súplica por las necesidades de la Iglesia y de su Gerarca Supremo, y por las necesidades de nuestra cara patria; por el ilustre Prelado que te ha consagrado para el Sacerdocio, y á quien como súbdito debes obediencia; por este numerosísimo y distinguido concurso que, presenciando la sacrosanta ceremonia que vas á practicar, te honra en el gran día de tu espiritual triunfo; y si la voz de la amistad y del cariño halla eco en este venturoso momento en tu corazón, no te olvides del último de los ministros sagrados que ahora con suma complacencia te dirige la palabra

después de haber aceptado el cargo que le confiaste en esta majestuosa solemnidad. Pide, amigo querido, venerable compañero, por todos nosotros, á fin de que, penetrando en el trono del Altísimo la oración de un nuevo sacerdote, logremos ver curados nuestros males, socorridas nuestras necesidades y abierto el camino que con toda seguridad nos conduzca en su día á la patria celestial.

LAUS DEO.

